

terror aquella ciudad angustiada, donde se habia sentado el fatidico poder de la muerte haciendo caer innumerables victimas al funesto peso de su segur. No eran instrumentos bastantes para derramar la muerte la horca que de ordinario se tenia en las plazas de las grandes ciudades del vireinato, ni las armas de los soldados, que estaban prontas á dar fuego á la voz del general: se hicieron llamar á todos los carpinteros para construir unas horcas que se distribuyeron por toda la ciudad, y se salió, dice Bustamante á buscar hombres para quintar ó diezmar. . . . Toda una noche se estuvo ahorcando en frente de Granaditas, sirviéndose los verdugos de la luz de los ocotes para tan cruentas ejecuciones. Al pié de la horca habia una porcion de burros, sobre los cuales echaban los cadáveres y llevaban á enterrarlos: puede creerse que algunos fueron sepultados vivos, pues uno de estos logró salvarse por una rara contingencia."

El Sr. Alaman confirma el hecho de haber levantado las horcas en todas las plazuelas de la ciudad "y el dia 27, dice, habiendo sido sorteados diez y ocho individuos del pueblo, se les ahorcó en la plaza á la entrada de la noche. Era esta muy oscura y la ciudad toda se hallaba en el mas pavoroso silencio: y como la plazuela está en lo mas profundo del estrecho valle en que se halla situada, rodeada como en anfiteatro por toda la poblacion, desde toda ella se descubria al fúnebre resplandor de las teas de ocote que alumbraban la terrible escena, y se oian las exhortaciones de los eclesiásticos que auxiliaban á las victimas y los lamentos de estas implorando misericordia. Muchos años han trascurrido desde entonces y nunca se ha podido debilitar en mi espíritu la profunda impresion de aquella noche de horror."

¡Que tarea tan ingrata la del narrador al dejar consignados hechos semejantes para vergüenza de la humanidad. Y mi mano se estremeció haciéndose violencia para no soltar la pluma

ma; tanto mas, cuanto que apenas es este un triste exordio de la sangrienta obra, que aun apenas empezamos á ojear. La tarde del dia 28 siguieron las ejecuciones y entre las victimas de ese dia, se contaron Chovell, Favie y Ayala, gefes del regimiento de infantería; el dia 29 empezaba de nuevo esta cruenta escena; y cuando ya habian sido ahorcadas dos personas de las cuatro que estaban señaladas para ese sacrificio vespertino, un repique general anunció á la ciudad el indulto que se le habia otorgado. El pueblo afligido en presencia de aquella fiera que sedienta de sangre, esparcía el llanto y la desolacion, salió lleno de júbilo de los rincones á donde lo habian hecho huir las repetidas ejecuciones, y Calleja en un discurso dirigido á la multitud, enareció cuanto pudo su incomparable clemencia, por suspender la efusion de sangre, en una ciudad en donde no debia quedar piedra sobre piedra. "No obstante, despues de la publicacion del indulto, fueron todavía ahorcados el 5 de Diciembre en Granaditas cinco individuos mas." Asi se espresa el Sr. Alaman, el historiador que usa de menos vehemencia para referir las atrocidades de los gefes españoles.

D. Carlos Bustamante, despues de referir este hecho, hace y con razon un triste paralelo entre Venegas y Calleja, diciendo "pues aun hay otro monstruo mas formidable que este, y por tal tengo á Venegas, pues en oficio de 28 de Noviembre inserto en la gaceta extraordinaria núm. 43 le dice á Calleja. *Pue justísima determinacion la que V. S. tomó de que nuestras tropas entrasen á sangre y fuego en una ciudad que habia cometido un detestable delito. . . merece toda mi aprobacion la ejecucion que V. S. metita.* Si hacemos paralelo entre este par de monstruos, nos será mas fácil perdonar á Calleja que á Venegas: aquel en un momento de indignacion y á vista de sus paisanos muertos en Granaditas, por un movimiento primo pudo mandar tocar á degüello; pero Venegas á distancia de

ESTUD.-T. 4. P. 12.

mas de ochenta leguas, en calma y serenidad, no solo aprobó el degüello, sino que á mas de esto lo que meditaba hacer. Es cosa á la verdad muy dura. Efectivamente, tal conducta del virey demuestra en él un ánimo cruel, poco dispuesto para atender á los sentimientos de justicia, y con una prevención injustificable contra el desgraciado pueblo americano, cuyos derechos se conculcaban inhumanamente. Verdad es, que los dos partidos que se hallaban en la lucha cometian las mismas atrocidades y que mutuamente se podian decir las palabras del poeta frances, citado tambien por Bustamante,

Su furor imitemos:  
De esta suerte sus crímenes injustos,  
Castigados serán, tanto por tanto,  
Sangre con sangre,  
Llanto, en fin con llanto.

Pero esto á ninguno justifica, y antes por el contrario la humanidad puede imputarles los horrores que de ambas partes tenia que sufrir, pues así como hemos visto que en Guanajuato, siguió al crimen de un populacho desenfrenado, la injusta represalia de Calleja, tambien apartaremos nuestra consideracion por un momento de las crueldades de este, para llevarla á otro cuadro de horror en que ya para estos dias habia hecho representar en Valladolid D. Miguel Hidalgo, primer caudillo de la revolucion.

Este eclesiástico y generalísimo, llegó á Valladolid y se ocupó de reunir nuevas fuerzas, á la vez que de escribir un manifiesto contestando al edicto publicado en su contra por los inquisidores, culpándolos de haber incurrido en muchas contradicciones, y de haber obrado por un espíritu de parcialidad, por defender los injustos intereses de sus paisanos. La inquisicion á su turno se volvió á encargar de dar contestacion á este manifiesto; y el virey lo hizo quemar en la plaza pública por mano del verdugo, declarando delito de alta traicion con-

servar este escrito y otras proclamas de Hidalgo, que calificó de libelos incendiarios.

En los dias que estuvo Hidalgo en Valladolid, se tuvo noticia de la ocupacion de Guadalajara por las fuerzas de Torres; y tan plausible acontecimiento, que en parte venia á compensar la gran pérdida de Aculco, se celebró en Valladolid con una misa de accion de gracias en la catedral, el 14 de Noviembre; y desde luego pensó el caudillo trasladarse á Guadalajara, donde podia dar nuevo impulso á su obra, por el cúmulo de recursos con que allí contaba.

Ya hemos dicho tambien, que desde la vez que el ejército insurgente ocupó á Valladolid se pusieron presos muchos españoles, que habian sido traídos algunos de ellos desde Guanajuato y otros pueblos del tránsito: cuando Hidalgo se preparaba á salir para Guadalajara, el número era muy crecido, y quiso desembarazarse de ellos de una manera horrible, que no se puede expresar sin sentir un movimiento de conmiseracion, así por aquellas desgraciadas victimas, como por los hombres que con tanta serenidad pudieron derramar la sangre de sus semejantes, de un modo que no puede decirse, porque el lenguaje humano no tiene palabras con que poder valorizar debidamente un acto semejante. Sin formacion de causa, sin una ley preexistente que condujera al patíbulo á tantos desgraciados, se ordenó de la manera mas fria la muerte de los que estaban llenando las cárceles de Valladolid. Para ejecutar esta orden que indica el refinamiento de la crueldad y el desprecio mas absoluto de los sagrados derechos de la humanidad, se determinó que en varias partidas se sacaran por la noche para hacer estas horribles matanzas fuera de la ciudad. La noche del 13 de Noviembre se sacó la primera partida, que se entregó á D. Manuel Muñiz que habia sido ascendido á general: á los desgraciados que les tocó esta suerte fatal y que eran cuarenta se les dijo iban á ser conducidos á G uana-

juato, de suerte que las familias tuvieron empeño en proveerlos de los bastimentos necesarios para el viage; y en el cerro de la Batea á tres leguas de la ciudad, fueron todos inhumanamente degollados, y sus cadáveres desnudos, se dejaron allí para que depositándose estos restos en los vientres de las fieras, se ocultara á los ojos de los hombres una atrocidad tan inaudita. El 18 del mismo mes, en la noche se sacó la segunda partida que era un poco menor que la primera; y el P. D. Luciano Navarrete la condujo á la falda del cerro del Molcajete, un poco mas distante que el de la Batea, donde se les dió el mismo triste destino, que á los primeros. Antes de que saliera la tercera partida para el degolladero en la ciudad se empezó á decir cual era el funesto fin de las dos partidas anteriores; y el P. Caballero pariente del intendente, Anzorena, fué á verlo y suplicarle no se continuaran aquellos injustificables degüellos. El intendente sostuvo que no eran ciertos los rumores que corrian por la ciudad; y el P. Caballero para cerciorarse, mandó al lugar designado de las cruentas hecatombes, para que si eran ciertas lo trajeran como señal, algunos restos de las víctimas. El mozo enviado para este reconocimiento, volvió trayendo la cabeza de uno de los muertos en el cerro de la Batea; entonces el P. Caballero armado de esta terrible prueba, volvió con Anzorena; y cuando mas se acaloraba en sostener que eran patrañas todo lo que se decia de degüello, el Padre puso sobre la mesa, un tompeate en que se contenia el sangriento despojo; y Anzorena horrorizado se apartó de allí sin tener que contestar, y accediendo á poner la orden para suspender la salida de los que el dia siguiente debieron ser degollados. (4)

Todas las circunstancias que concurrieron en estas atroces matanzas, dice D. Lucas Alamán, contribuyen á hacerlas mas horrosas: hacianse por orden de un eclesiástico, el cura Hidalgo, como el mismo lo confesó en su proceso, aunque reduciendo el número de los muertos á sesenta: disponia la salida de las partidas y todo lo concerniente á la ejecución el intendente Anzorena, que hacia profesion de hombre piadoso y usaba el hábito esterior de beato de San Francisco, y las listas de las víctimas se dió que las formaba otro eclesiástico, que estaba encargado del cuidado de las prisiones, al que le quedó el sobrenombre del P. Chocolate porque formando las funestas listas de los desgraciados que habian de perecer, decia que era de los que habian de beber chocolate aquella noche. El lector podrá aumentar entre otras consideraciones, la de que la primera de estas tragedias espantosas, fué la víspera del dia en que Hidalgo se preparaba para presentarse al templo á rendir su accion de gracias al Dios vivo. Con que corazón se presentaria en el Santuario, á ofrecer en las aras del Dios de la verdad y la justicia, el holocausto incruento del Hijo del Eterno; despues de haber empapado la noche anterior sus manos en los cruentos sacrificios de cuarenta víctimas inmoladas injustamente. Nada importaban al primer caudillo de la revolucion ni la vida de centenares de hombres que entre las tinieblas de la noche hacia bajar á las lóbregas mansiones de la muerte, sin causa justificada, sin el previo juicio, ni siquiera el aviso de que iban á morir, para que se prepararan á comparócer ante el Dios que ha de juzgar de las acciones de todos los hombres: ni la horfandad de otras tantas familias, cuyas lágrimas debian mas tarde ser los grandes infortunios de un pueblo nutrido con estas escenas de horror. Y el hombre que á sangre fria decretaba estos degüellos, era el que en el recinto del templo se prosternaba para derramar su corazón ante el Ser de la justicia incorruptible. Y el pueblo sobre quien pecaban tan deplorables estragos, mas tarde debia en-

matanzas, dice D. Lucas Alamán, contribuyen á hacerlas mas horrosas: hacianse por orden de un eclesiástico, el cura Hidalgo, como el mismo lo confesó en su proceso, aunque reduciendo el número de los muertos á sesenta: disponia la salida de las partidas y todo lo concerniente á la ejecución el intendente Anzorena, que hacia profesion de hombre piadoso y usaba el hábito esterior de beato de San Francisco, y las listas de las víctimas se dió que las formaba otro eclesiástico, que estaba encargado del cuidado de las prisiones, al que le quedó el sobrenombre del P. Chocolate porque formando las funestas listas de los desgraciados que habian de perecer, decia que era de los que habian de beber chocolate aquella noche. El lector podrá aumentar entre otras consideraciones, la de que la primera de estas tragedias espantosas, fué la víspera del dia en que Hidalgo se preparaba para presentarse al templo á rendir su accion de gracias al Dios vivo. Con que corazón se presentaria en el Santuario, á ofrecer en las aras del Dios de la verdad y la justicia, el holocausto incruento del Hijo del Eterno; despues de haber empapado la noche anterior sus manos en los cruentos sacrificios de cuarenta víctimas inmoladas injustamente. Nada importaban al primer caudillo de la revolucion ni la vida de centenares de hombres que entre las tinieblas de la noche hacia bajar á las lóbregas mansiones de la muerte, sin causa justificada, sin el previo juicio, ni siquiera el aviso de que iban á morir, para que se prepararan á comparócer ante el Dios que ha de juzgar de las acciones de todos los hombres: ni la horfandad de otras tantas familias, cuyas lágrimas debian mas tarde ser los grandes infortunios de un pueblo nutrido con estas escenas de horror. Y el hombre que á sangre fria decretaba estos degüellos, era el que en el recinto del templo se prosternaba para derramar su corazón ante el Ser de la justicia incorruptible. Y el pueblo sobre quien pecaban tan deplorables estragos, mas tarde debia en-

[4] Relacion del P. D. Mucio Valdivinos, con referencia á lo que á el mismo se le informó por el P. Caballero y por el oficial, que entregó la primera partida.

trar al templo de la inmortalidad, para quemar los inciensos de su gratitud ante la imagen del que así había destrozado los derechos de la humanidad! ¡Triste destino del infeliz mortal, mientras su corazón se agita por innobles pasiones!

Después que D. Miguel Hidalgo escribió en Valladolid esta negra página, con la sangre que vertían sus manos al oprimir entre ellas los corazones de inermes víctimas, salió para Guadalajara acompañado de las fuerzas que había podido reunir que eran como siete mil hombres, en su mayor parte de caballería. Pasó por Zamora donde fué recibido con grande aplauso, y el 24 de Noviembre, día de la catástrofe de Granaditas, llegó á Atequiza, donde las autoridades principales de Guadalajara lo esperaban con un acompañamiento de veintidos coches pasando luego á S. Pedro Anasco donde se le sirvió una espléndida comida. Allí recibió las felicitaciones y el día 26 en una valla de tropa, hizo su solemne entrada á la ciudad, estando las calles adornadas con colgaduras y llenas de gente que victoreaban al generalísimo. En la catedral se cantó en su presencia el *Te Deum* y concluido este acto religioso se pasó al palacio donde lo felicitaron todas las autoridades y corporaciones, á quienes contestó en un discurso en que hacía gala de poseer las fórmulas oratorias.

Hidalgo creía que con los recursos de que podía disponer en Guadalajara, repararía la pérdida de Aculco y se sobrepondría presto á los ejércitos realistas; pero estos por su parte no perdían tiempo y la actividad con que Calleja secundó las miras del vireinato fué sin duda el mas poderoso obstáculo con que contaron los gefes del partido de la independencia en su primer período. Apenas organizó en Guanajato el Gobierno nombrando provisionalmente los empleados que faltaban y determinó su marcha á donde los acontecimientos demandaban su presencia mas urgentemente. Antes de salir hizo que el P. Bringas que acompañaba al ejército con calidad de capellan

mayor, reuniese á todos los eclesiásticos de la ciudad, para exhortarlos á que por su parte no incitaran al pueblo á tomar parte en la revolución; y mandó á México un convoy con la plata que se pudo recojer, las piezas de la maquinaria con que se estableció la casa de Moneda por orden de Hidalgo; uno de los cañones fundidos tambien por orden del mismo y al cual se había dado el nombre de defensor de la América, mandando tambien á Querétaro, varios presos que no habían sido juzgados, como el coronel del regimiento de la reina D. Narciso de la Canal y varios eclesiásticos.

Tomadas estas providencias y dejando resguardada la ciudad solo con una compañía formada por los mismos vecinos salió Calleja con su ejército para Guadalajara, tocando como primer punto de su tránsito á Silao, donde hizo publicar un bando que indicaba el carácter de desolacion que por ambas partes se había querido dar á aquella guerra. En este bando se prevenia: que en el pueblo donde se cometiera asesinato de algun soldado de los ejércitos del rey de justicia ó empleado ó de vecino honrado criollo ó europeo, se sortearian cuatro de sus habitantes sin distincion de personas, por cada uno de los asesinatos; y sin otra formalidad, serian pasados por las armas, aquellos á quienes tocase la suerte. Terrible sentencia que casi era seguro, era fulminada contra personas inocentes!

Para estos dias, ya el virey había hecho salir de México otra fuerza al mando del brigadier D. José de la Cruz, teniendo como segundo al teniente coronel D. Torcuato Trujillo, que había mandado en gefe la accion del monte de las Cruces. Cruz marchó por Nopala á Huichapan, donde pensaba hallar á Villagran; pero este se había retirado al cerro de Nastejé, y solo quedaron en el lugar algunos restos del convoy que de México se le había mandado á Calleja algunos dias antes, y que fué quitado por los insurgentes de Huichapan á la entrada del monte de Calpulalpan.

Cruz que acababa de llegar de España donde había observado el terror que los franceses empleaban contra los guerrilleros españoles, no se quedaba atrás en el rigor que se estaba haciendo pesar sobre los pueblos, y con pretexto de dejar desarmado aquel territorio, hizo recoger cuanto pudiera emplearse como arma ofensiva, y se le acusa de que con este pretexto se apropió de la bajilla de plata con que fué servido en la casa de su alojamiento, y habiéndosela reclamado la Señora de la casa, la hizo conducir presa á México, como insurgente. (5) Pero para dejar un testimonio público de su furor, hizo morir á muchos desgraciados, dejando suspendidos sus cadáveres en los árboles, desde la hacienda de la Goleta hasta el pueblo de S. Miguelito Calpulalpan; y mandó prender fuego á todo el caserío de aquel pueblo.

Siguió de allí su camino por Querétaro y Celaya para Valladolid según el plan combinado por Calleja, al mismo tiempo que Trujillo se dirigía á la misma ciudad, tomando el camino del Valle de Toluca. Al aproximarse ya las fuerzas de Cruz á Valladolid, el intendente Anzoreña recogió el dinero y demás elementos que pudo, para trasladarse á Guadalajara y la plebe azuzada por un herrero perverso, se arrojó al colegio que fué de la compañía de Jesús con objeto de asesinar á ciento setenta españoles que allí estaban presos y habían podido escapar de los nocturnos degüellos decretados por Hidalgo á su paso por aquella ciudad; pero los eclesiásticos pudieron contener el desorden, hasta la entrada de las fuerzas reales. Esta fué muy solemne, como son todos los recibimientos del que va de triunfo: las calles se adornaron; y se dieron muchas señales de alegría, no obstante que una gran parte de las familias, estaban cubiertas de luto. El cabildo eclesiástico

(5) Bustamante, Cuadro histórico, y suplemento á los tres siglos de México, pág. 285. Alaman tom. 2.º pág. 11.

esperó al general á la entrada de la catedral, donde se cantó el *Te Deum* y una misa de gracias: todas las corporaciones manifestaron su adhesión al gobierno vireinal; y el gobernador del obispado, renovó en un edicto las censuras que antes había hecho recaer el Sr. Abad y Qneipo sobre el cura Hidalgo y los que abrazaban su causa. Esta en su fondo no podía ser mas justa: colocar en la frente de un pueblo la diadema de su libertad política, es ponerlo en el punto donde puede tomar el sendero de su felicidad; pero la bandera sagrada de la independencia, se rodeó de tanto desprestigio por los lamentables excesos que se cometieron desde los primeros dias de haberse proclamado, que para muchas personas se hizo cuestionable su conveniencia. Los dos partidos que se hallaron en la lid con las armas en la mano se creían revestidos con el manto de la justicia, y este los hacia considerarse autorizados para esparcir la muerte y el terror, y pagar un crimen con otro crimen; y volver ofensa por ofensa. Entre tanto el pueblo que presenciaba esta sangrienta lucha, veía rebozar la copa de los infortunios, y cada gota que caía se convertía en una oscura niebla de pesares que venía á lacerar su sensibilidad y oprimir su corazón.

## CAPITULO V.

*Disposiciones de Hidalgo en Guadalajara: progresos de la insurrección; y batalla del puente de Calderon.*

Como se ha dicho antes, Hidalgo llegó á Guadalajara el 26 de Noviembre: allí estaban los gefes que habían tomado á su cargo la tarea de insurreccionar aquella provincia; y pocos